

# LA VOZ

THE SPANISH VOICE OF NEW JERSEY

COLABORADORES

Abel Berry, Dra. María Elena Planas, Miguel A. Erice, Guillermo Estévez, Luis E. Queralt, Margarita García, Pelayo Balbis Torregosa, Daniel I. Pedreira, Rodrigo Viamonte, Rafael Domiciano, María Teresa Villaverde Trujillo, Betty Vasquez Molina, Israel Abreu, Dr. Carlos Carbonell, Ricardo Aguirre, Domingo Pujols, Armando Canda, Ramón Vera

(Las opiniones en las columnas o secciones firmadas son de su autor y no reflejan necesariamente la opinión o el sentir de LA VOZ)

JUNTA DE DIRECTORES

Daniel García Virginia Iturralde  
A. García-Berry A. Roberto García

PUBLISHER: Daniel García  
EDITOR: Virginia I. García

PUBLICIDAD Y RELACIONES PÚBLICAS  
Daniel García

SITIO WEB  
Abel R. García

ARTE Y DIAGRAMACIÓN  
Federico del Castillo Laura Gruce

FOTOGRAFÍA  
Ricardo Aguirre, Jay Davis, Ramón Vera

DISTRIBUCIÓN /CIRCULACIÓN  
Lázaro Serra Robert Lee

## LA VOZ

Publicado por "The Voice Publishing Corp."  
P.O. Box 899 Elizabeth, New Jersey 07207  
E-mail: lavoznj@aol.com  
Website: www.lavoznj.com

Union County ----- (908) 352-6654  
Middlesex County ----- (908) 352-6619  
Essex County ----- (201) 352-7448  
Hudson County ----- (201) 866-7754  
Fax ----- (908) 352-9735

Miembros de:  
NAHP, HMC,  
NAJH y NJPA

National Association  
of Hispanic Publication



## Encienda una Vela

Por: **Stephanie Raha**  
Editor in Chief



### Apreciando a nuestros Ancianos (III) Viejos pero muy Activos

Marni Gillard, la autora de la obra *Storyteller, Storyteacher: The Power of Storytelling for Teaching and Living*, acostumbra a presentarse en iglesias, escuelas y festivales a lo largo de Albany, en New York. Ella dice que la sociedad, al menos en el corto plazo, probablemente no cambie la actitud en lo relativo al tema del envejecimiento porque son los jóvenes quienes impulsan la cultura. Pero Marni Gillard también explica que ha sido testigo de lo mucho que la sociedad puede llegar a perder cuando los ancianos, especialmente aquellos que están debilitados física o mentalmente, son echados a un lado. "Una amiga cercana que dirigía grupos de mujeres profesionales o de negocios y las Girl Scouts hoy sufre de demencia precoz. Veo que las personas, incluso aquellas que ella ayudó, ahora ni siquiera la visitan. Sólo ocasionalmente alguien le trae un regalo porque es un día festivo.

Y qué pena", dice Gillard. "Mi amiga sabe las ancianas en su asilo tienen importantes cuentos que contar. Ella todavía puede mantener conversaciones maravillosas, simplemente no recuerda lo que acaba de decir de manera que repite las palabras".

A sus 103 años Gus Andreone aún vive de forma muy activa. Él fue noticia cuando ya en su avanzada edad jugando un partido de golf logró un "hole in one", una hazaña que ha podido realizarla ocho veces desde que empezó a jugar al golf en el año 1939. Dijo a los reporteros que él planea continuar jugando al golf durante tanto tiempo como sea posible. "Mientras que pueda manejar un palo de golf, incluso aunque tenga que jugar tres o cuatro agujeros, voy a jugar al golf", dijo Andreone, que es el más antiguo miembro de la *Professional Golfers Association of America*. Él atribuye su éxito a la suerte pero sobre todo al hecho de haberse mantenido activo tanto física como mentalmente a medida que iba envejeciendo. Su esposa, Betty, estaba a su lado. Ella ha logrado tres "hole in one" a lo largo de su carrera deportiva.

Podrá sonar a frase hecha, a cliché, pero es cierto: La edad es más que un número. Si caminamos juntos y aprendemos unos de otros, vamos a encontrar que el viaje se convierte en mucho más agradable y nos produce mucho menos temor.

#### El sufrimiento con dignidad y gracia

En una entrevista antes de morir de cáncer gastrointestinal, el teniente coronel Mark Weber, de Minnesota, recordó el fuerte impacto que había tenido sobre él una experiencia vivida por abuela. Cuando Weber tenía sólo 14 años de edad comenzó el cuidado de su abuela Garofalo quien había sufrido un derrame cerebral. Ella fue confinada a una silla de ruedas y no podía mover la mitad de su cuerpo. La experiencia le enseñó acerca de soportar el sufrimiento con dignidad y gracia. "Yo tenía que llevarla a mi abuela al baño pero ella nunca perdió su digni-

## El Presbítero San Valentín 14 de Febrero Día del Amor - Día de la Amistad

Por María Teresa Villaverde Trujillo



### San Valentín

Algunos relatos insinúan que en tiempos del siglo III, Valentín servía como Presbítero en un templo durante el gobierno de Claudio II, cuando el Emperador decidió que todos los hombres jóvenes debían ser soldados, y a su vez prohibió no solo el matrimonio sino además toda expresión de amor y cariño entre ellos.

El Presbítero Valentín dándose cuenta de la injusticia del decreto, secretamente unía en matrimonio a las jóvenes parejas hasta que habiendo sido descubierto fue citado a Palacio por el Emperador frente a quien Valentino aprovechó la ocasión para declarar su Fe Cristiana.

Claudio II, forzado por miembros de su gobierno, dio orden de encarcelar al Presbítero por desafío a la ley. Ya en la cárcel el oficial Artirus deseando ridiculizar su fe cristiana retó al sacerdote a que le devolviera la vista a su hija Julia, ciega de nacimiento; ...y el milagro se realizó. Artirus y su familia se convirtieron al cristianismo. El Emperador entonces ordenó martirizar a Valentín, y mas tarde ejecutarlo. Era la fecha de febrero 14, año 270 d.c. La joven Julia en agradecimiento sembró un "almendro" el que se ha convertido en el símbolo del amor y la amistad; ...y poco a poco sin saberse como se convirtió en el patrón de la juventud y mas tarde en el patrón de los enamorados.

Es así que esta celebración de San Valentín el 14 de febrero fue establecida por el Papa Gelasio I, entre el año 496 y el 498 después de Cristo. Sin embargo, la festividad de San Valentino fue eliminada del calendario eclesiástico en el año 1969 como un intento de la iglesia católica por eliminar santos de origen legendario. Pero esta festividad ha seguido celebrándose por algunas parroquias. Además Valentín es venerado como santo por la iglesia Ortodoxa y por la iglesia Anglicana.

La fecha de celebración del 14 de febrero fue establecida -entre el año 496 y el 498 después de Cristo- por el Papa Gelasio; y la costumbre de intercambiar tarjetas de amor nació en Francia y en Gran Bretaña entre la caída del Imperio Romano y mediados del siglo XV. La costumbre se desarrolló en Norteamérica en el siglo XVIII ...y hacia el 1840 Esther A. Howland, oriunda de Worcester, Massachusetts, comenzó a crear y después a vender las tarjetas postales de San Valentín haciéndose acreedora al calificativo de "The Mother of the American Valentine."



Los restos mortales de San Valentín se conservan en la Basílica de su mismo nombre, en la ciudad de Terni, Italia, conocida como la capital de los enamorados, celebrándose en dicho templo, -cada 14 de febrero- un religioso acto de compromiso por parejas que desean contraer matrimonio al siguiente año.

dad, se portaba de forma muy natural. Y para mí, ser capaz de cuidar de ella sentía me hacía sentir bien, reconfortado", recuerda Weber. Dijo que el ejemplo de su abuela le ayudó a lidiar con sus propios períodos de debilitamiento durante su larga enfermedad. "Cuando no puedo hacer algo me resulta mucho más fácil aceptar las ofertas de asistencia", dijo sólo unos meses antes de perder la batalla contra el cáncer. "El orgullo no es una barrera para mí.

"La tarde sabe lo que la mañana nunca sospechó."  
-Robert Frost

## Nueva York bajo la nieve

Por José Martí

Paralización de tres días.-Peligros.-Escenas e incidentes.-Actos heroicos.-La gran ciudad en una hora de prueba.-Las calles.-Los trabajadores.-Resurrección



Una de las pocas fotos tomadas en Manhattan durante la tormenta de nieve de 1888. Esta es Wall Street. Notar los postes de telégrafos a la derecha. (Foto Archivo New York Historical Society).

Nueva York, 15 de marzo de 1888  
Señor Director de La Nación:

Ya se había visto colgando su nido en una araucaria del Parque Central la primera oropéndola; ya cubría los álamos desnudos el vello primaveral, y en el castaño tempranero, como vecinitas parlanchinas que sacan la cabeza arrebujada después de la tormenta, asomaban las hojas; ya advertidos por el piar de los pájaros de la llegada del sol, salían los arroyos de su capa de hielo para verlo pasar; ya el invierno, vencido por las flores, huía bufando y desataba tras de sí, como para amparar su fuga, el mes de los vientos; ya se veían por las calles de Nueva York los primeros sombreros de pajilla y los trajes de Pascua, dichosos y alegres, cuando al abrir los ojos la ciudad, sacudida por el fragor del huracán, se halló muda, desierta, amortajada, hundida bajo la nieve. Los bravos italianos, cara a cara con la ventisca, llenan ya de la nieve, coruscante y menuda, los carros que, entre relinchos, cantos, chistes y votos van a vaciar su carga al río. El ferrocarril aéreo, acampado dos días en vela siniestra junto al cadáver del maquinista que salió a desafiar el vendaval, recorre otra vez, chirriando y temblando, la vía atascada, que reluce y deslumbra. Los trineos campanillean; los vendedores de diarios vociferan: los limpianieves, arrastrados por percheros poderosos, escupen a ambos lados de la calle la nevada que alzan de los rieles: con la nieve al pecho se va abriendo paso la ciudad hasta los ferrocarriles, clavados en la llanura blanca, hasta los ríos, que son puentes ahora; hasta los muelles, mudos.

Vibra, por sobre la ciudad, como una bóveda, el alarido de los combatientes. Dos días ha podido tener la nieve vencida a Nueva York, acorralada, aterrada como el púgil campeón que se ve echado a tierra de un puñetazo tundente por gladiador desconocido. Pero, en cuanto afloja el ataque el enemigo, en cuanto la ventisca desahoga la primera furia, Nueva York, como ofendida, decide sacarse de encima su sudario. Entre los montes blancos, hay leguas de hombres. En las calles de más tráfico, deshecha bajo los que la asaltan, huye ya en ríos turbios la nieve. Con botafangos, con palas, con el pecho de los caballos, con su propio pecho, van echando la nieve hacia atrás, que reula sobre los ríos.

Grande fue la derrota del hombre: grande es su victoria. La ciudad está aún blanca: blanca y helada toda la bahía. Ha habido muertes, crueldades, caridades, fatigas, rescates valerosos. El hombre, en esta catástrofe, se ha mostrado bueno.

En todo el siglo no ha visto Nueva York temporal semejante al del día trece de marzo. El domingo anterior había sido de lluvia, y el escritor insomne, el vendedor de papeletas en las estaciones del ferrocarril, el lechero que a la madrugada visita las casas dormidas en su carro alado, pudieron oír enroscando el látigo furioso en las

chimeneas, como sacudiéndolo con mano creciente contra techados y paredes, el viento que había bajado sobre la ciudad, y levantaba sus techos, derribaba a su paso persianas y balcones, envolvía y se llevaba los árboles, mugía, como cogido en emboscada, al despeñarse por las calles estrechas. Los hilos de luz eléctrica, quebrados a su paso, chisporroteaban y morían. Descogía de los postes del telégrafo los alambres que lo han igualado tantas veces. Y cuando debió subir el sol no se le pudo ver: porque, como si pasase un ejército en fuga, con sus escuadrones, con sus cureñas, con su infantería arrollada, con sus inolvidables gritos, con su pánico, así, ante los cristales turbios, la nieve arremolinada pasaba, pasaba sin cesar, pasó durante todo el día, pasó durante toda la noche. El hombre no se dejó domar por ella. Salíó a desafiarla.

Pero ya los tranvías vencidos yacían, sin caballos, bajo la tormenta; el ferrocarril aéreo, que pagó con sangre su primera tentativa, dejaba morir el vapor en sus máquinas inútiles; los trenes, que debieron llegar de los alrededores, echados de la vía por el ventarrón o detenidos por las masas de copos, altas como cerros, bregaban en vano por abordar sus estaciones. Tentaban los tranvías un viaje, y los caballos se encabritaban, defendiéndose con las manos del torbellino sofocante. Tomaba una carga de pasajeros el ferrocarril, sujeto a la mitad del camino, y tras seis horas de esperar presos en el aire, bajaban hombres y mujeres de la armazón aérea en unas escaleras de albañil. Los ricos o los muy necesitados hallaban, por veinticinco o cincuenta pesos, coches de caballo recio que los llevaran paso a paso a cortas distancias. Azotándolos, tundiéndolos, volcándolos, pasaba por sobre ellos, cargado de copos, el viento revuelto.

Ya no se veían las aceras. Ya no se veían las esquinas. La calle Veintitrés es de las más concurridas: y un tendero compasivo tuvo que poner en su esquina un poste que decía: "Esta es la calle Veintitrés". A la rodilla llegaba la nieve, y del lado del viento, a la cintura. La ventisca rabiosa mordía las manos de los caminantes, se les entraba por el cuello, les helaba las orejas y la nariz, les metía puñados de nieve por los ojos, los echaba de espaldas sobre el nevado resbaladizo, los sujetaba sobre él con nuevas ráfagas, los lanzaba danzando y sin sombrero, contra la pared, o los dejaba dormidos, dormidos para siempre, ¡sepultados! El uno, un comerciante, en la flor de la vida, había de aparecer hoy, hundido en el turbión, sin más señal de su cuerpo que la mano alzada por sobre la nieve. El otro, un mandadero, azul como su traje, sale en brazos de sus compañeros piadosos de aquella tumba blanca y fresca, propia de su alma de niño. El otro, clavado hasta la cabeza, con dos manchas rojas en el rostro blanco, y los ojos violáceos, duerme.